

monio garantiza la finalidad que debe proponerse. Porque, de lo contrario, debe reformarse inmediatamente, sin hacer caso ni de su tradición ni de la importancia que dentro la actual sociedad se le concede.

El matrimonio, en su concepción vulgar, está apartado de su pretendida esencia. Porque, si bien se propone asegurar el aparejamiento sexual, no garantiza, sin embargo, la sanidad del individuo y de la especie. La sociedad legítima y legaliza, al mismo tiempo que el matrimonio, formas poligámicas y poliándricas de relaciones sexuales con la prostitución, y no se ocultan tampoco otras formas consideradas ilícitas, como la seducción y el adulterio. La sociedad sobradamente sabe los peligros que estas relaciones entrañan, y sabiéndolo, tiene que evitarlos modificando las formas lícitas e ilícitas del amor sexual hasta donde nuestra garantía sea perfecta.

El matrimonio, como todas las manifestaciones sociales que han pretendido persistir teniendo sus raíces en el pasado y oponiendo a su transformación una resistencia continua, ha fracasado en su relación con nuestra nueva manera de ser, con nuestras nuevas necesidades, con los peligros de hoy. El matrimonio siente, como todos los legados del pasado y quizá en mayor grado que ninguno, la crisis profunda, el desequilibrio ético que la bancarrota de la religión ha determinado en la sociedad. Habiendo perdido la religión la acción de guía y de coacción moral, los hombres se han encontrado faltos de un ideal directriz y su individualidad, frente a la sociedad, solamente ha sabido ver su aspecto económico; y si bien en más o menos escala las escuelas socialistas han buscado en él una fuente de idealismo y han fundado con él una nueva moral y una nueva bandera para una lucha noble, la gran masa no ha sabido interpretarlo más que en un sentido particularista y ha infamado su vida en un materialismo grosero.

Pero la dirección espiritual que la religión ha perdido la reclaman los

científicos para la ciencia. «Todas las conquistas de la ciencia forman cuerpo con nuestra civilización, tan estrechamente, que ellas constituyen nuestra moral», dice Richet. Como es natural, no podían olvidar el matrimonio y no podían admitir en su concepción solamente la garantía económica que ofrece, desatendiéndose de la garantía fisiológica y moral que debería ofrecer. Él soluciona el problema del amor con la mayor economía de tiempo y de energías; pero todo el problema de la atracción sexual no está aquí, sólo es su más pequeño aspecto.

Para corregir el foco de miseria y de perdición que el matrimonio lleva en sus entrañas—como consecuencia lógica de esta concepción vulgar—destruyendo la vida y la alegría de la humanidad actual y futura, los científicos han fundado una nueva moral sexual. Teniendo presente siempre a la Naturaleza, sabiendo el verdadero peligro que las transgresiones a sus reglas puras determinan en el individuo y en su descendencia, hablan con la grandeza de un Moisés que ha visto a Jehová y oído su voz en las alturas del Sinaí.

Uno de los capítulos de esta moral sexual científica, que ha hecho llenar libros y revistas, que se ha hecho escuchar en conferencias y lecciones, es nuestro tema.

Como en todo, encontraríamos, respecto de este punto, antecedentes y datos en cada uno de los momentos históricos de la humanidad, para demostrar que la acción morbosa para el individuo y para la especie de las infecciones sexuales ha sido conocida, desde largo tiempo, por los hombres. Pero nos faltaría, además, hallar el carácter serenamente científico y popular que hoy ha revestido esta propaganda por la higiene sexual. El más perfecto conocimiento de la importancia que dichas enfermedades tienen, ha hecho que, horrorizados, bajasen médicos e higienistas hasta el pueblo y le contasen los peligros a que le exponía su ignorancia. Hoy ésta no